

SILVESTRE QUEHACER
DEL
PSICOANALISTA

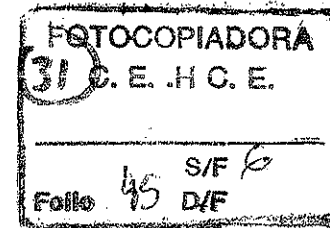
PSICOSIS Y PSICOANALISIS

*R. Broca, G. Clastres, F. Gorog, J.-J. Gorog,
E. Laurent, F. Léguil, J.-A. Miller,
D. S. Rabinovich, D. Silvestre, M. Silvestre,
C. Soler, M.-L. Susini, J. Torrist*



Manantial

Psicología clínica de
ADULTOS Y GERONTES
1993-



①

⁹ Sigmund Freud, *Sobre un caso de paranoia descrito autobiográficamente*. Apartado III, Sobre el mecanismo paranoico, págs. 55-73, Obras Completas, Tomo XII, *Op. cit.*

¹⁰ Jacques-Alain Miller, *Enseñanzas de la presentación de enfermos*, Ornicar N°3, Petrel, 1981.

A ser retomado próximamente en un volumen de artículos y conferencias de J.-A. Miller: *Matemas, Recorrido de Lacan II*, que será publicado este año por Ediciones Manantial.

¹¹ Jacques Lacan, *Proposición de Octubre de 1967 sobre el psicoanalista de la Escuela*, por aparecer en *Escansión N° 2*, Paidós, Bs. As., 1985.

¹² Jacques Lacan, *Radiofonía y Televisión*, Anagrama, Barcelona, 1977.

¹³ Jacques Lacan. El Seminario, Libro XI, *Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, Barral, 1974 (Edición agotada, en el curso del presente año saldrá la nueva edición de Paidós).

¹⁴ Jacques Lacan, *Posición del Inconsciente*, en *Escritos*, Tomo II, *Op. cit.*

¹⁵ Jacques Lacan, *Radiofonía y Televisión*, *Op. cit.*

¹⁶ Jacques Lacan, *El Atolondradicho*, pág. 45, *Op. cit.*

PSICOSIS Y PSICOANALISIS - MANANTIAL

TRANSFERENCIA E INTERPRETACION EN LAS PSICOSIS: UNA CUESTION DE TECNICA

que el Psicoite convenga al desarrollo analítico

Michel Silvestre

Es un hecho que debemos admitir: hay psicóticos en análisis. Este hecho muestra que los analistas supieron fiarse de la enseñanza de Lacan que les indica que un analista no debe retroceder frente a la psicosis.

Sin embargo, no hay por qué sorprenderse tanto ante este principio. No retroceder frente a la psicosis significa que toda demanda de análisis es digna de ser tomada en serio. Toda demanda, sea quien sea quien la enuncie. Toda demanda exige del analista a quien ella se dirige, que éste no retroceda frente a la oferta que tiene que hacer: es decir, ofrecer un análisis y ofrecerse a ser su agente.

La demanda de análisis es una manifestación del sujeto, desde este punto de vista el analista puede responder a ella. Responde interpretándola; especialmente aceptándola. La primera interpretación que hace el analista, es aceptar la demanda de análisis mediante lo cual prepara la puesta en función del sujeto supuesto al saber.

Son estas simples evocaciones, que empero impondrán esta observación: la demanda de análisis, para ser interpretada no tiene que ser remitida, *a priori*, a una estructura clínica, puesto que basta con referirla tan solo al sujeto.

Por otra parte, no se ve por qué se pondría en duda una demanda de análisis bajo el pretexto de que quien la enuncia sería considerado psicótico. Si el analista es invitado no obstante a hacerse una idea de la estructura clínica en la que se abriga el sujeto, es solamente para modular su respuesta, y ajustar su après-coup. No hay otras indicaciones de la cura más que la determinación del sujeto a comprometerse en ella. Se sabe que esto es completamente problemático también con un neurótico.

En el fondo, la pregunta que más bien estaría dispuesto a hacerme es cómo es posible que los psicóticos no retrocedan, tampoco, frente al análisis. Cómo explicar que enuncien esta demanda, que comiencen una cura y que se mantengan en ella.

Ciertamente, se puede cargar esta realización en la cuenta de los efectos de la extensión del psicoanálisis. Sin embargo, que un psicótico pueda ser analizable, que se someta a la tarea que le impone el dispositivo analítico, es aquello de lo que habría que dar cuenta.

Pues en fin, los argumentos de que disponemos no se oponen a este hecho; ¿no nos vemos llevados a fundar una antipatía del psicótico respecto al psicoanálisis?

Es, en todo caso, una de las consecuencias que los analistas pensaron poder sacar de la forclusión del significante del Nombre-del-Padre, y de su irreversibilidad, sostenida por Lacan hasta sus últimos seminarios. De hecho, la demanda de análisis del psicótico proviene directamente de esta forclusión. El punto de partida de su demanda de análisis es lo que yo llamaría una significación en suspenso; se podría asimismo decir una significación que amenaza y que, por ello, se convierte en amenazante. Y si el psicótico va a ver a un analista, es porque espera que éste haga llegar a su término esta significación que, a falta de un significante privilegiado —el Nombre-del-Padre— no puede avenir. En este punto, evidentemente, se engaña. El analista no tiene ciertamente el poder de injertarle el significante —pero, sin embargo, está hecha la abertura de un saber supuesto— lo cual es esencial.

El psicótico no es el que sabe. Lo que los psiquiatras llaman una convicción delirante ya es, de su parte, una interpretación. La confrontación del psicótico con el fenómeno elemental, es al contrario el enfrentamiento con un real, precisamente sin mediación y, en particular, sin la mediación de un saber.

Es justamente porque el psicótico se esfuerza por re-encontrarse en esos fenómenos —en domesticarlos—, o sea cuando se esfuerza por darles una significación, cuando busca un saber para operar esta mediación. Es entonces, en ese momento de indecisión del sujeto cuando un analista puede ofrecer el relevo del sujeto supuesto al saber. Evidentemente, esto no se produce para *todo* psicótico. Pero justamente, no interrogo sino a aquellos que piden un análisis, no a los otros.

En el fondo, ¿por qué no admitir en esta significación en suspenso, aquello que, para el psicótico, haría síntoma? Es incluso por este defecto de significación, este circuito interrumpido, como el psicótico puede quejarse de estar se-

parado, desgajado de la palabra, al punto de sentirse amenazado de mutismo. La función de la palabra se le escapa y lo libra enteramente a un campo de lenguaje sin hitos, sin límites, donde puede perderse. Y su demanda inicial puede asumir la forma de no estar separado de la palabra. En ese sentido, se le supone al analista, un saber hacer con la función de la palabra.

Se ve porque algunos analistas pudieron testimoniar inicios de análisis de psicóticos que consideraron desencadenamientos de psicosis, porque les parecía que un delirio tomaba en él su impulso.

Saben también que se pudo explicar esos comienzos acercando el encuentro con el analista al mecanismo descrito por Lacan del desencadenamiento de la psicosis; es decir, de este encuentro de *un* padre, real, porque ningún significante sostiene su lugar en lo simbólico; por eso es *Un* padre y no *El* padre. No es porque los analistas, siguiendo a Freud, se creen padres, que ellos funcionan como tales.

Si un psicótico puede demandar un análisis y comprometerse en él, es porque este encuentro, *ya* se produjo para desencadenar este accidente de la función de la palabra, cuya reparación demanda el sujeto al analista. En efecto, si un delirio puede tomar impulso a partir de la introducción del sujeto supuesto al saber, es porque la palabra, desde entonces, va a ser utilizada por el sujeto para producir esta significación que le falta —es decir, para construir una metáfora sustitutiva de la metáfora paterna— una metáfora que produzca efecto de significación.

Ciertamente, se habla generalmente en este caso de metáfora delirante, pero ¿por qué? Seguramente, no porque el sujeto no reproduciría en ella la historia del pequeño Edipo. En primer término, porque eso se ve. Tal paciente, llamado esquizofrénico por la autoridad psiquiátrica, mucho antes de venir a verme, dedica su esfuerzo asociativo a describir minuciosamente su genealogía en las tres generaciones que preceden a la suya, incluyendo en ella las ramas colaterales. Este es el registro que le parece apropiado para elaborar una metáfora que arriesga marcadamente seguir siendo atípica.

Lo que está excluido, sin embargo, es que aloja allí —como cualquier otro psicótico en análisis— lo que repite, en la transferencia, lo que Freud llamaba una neurosis infantil. De hecho, el analista, sea cual fuere el material asociativo está desprovisto del sostén de la repetición para producir una significación. Si fuerza demasiado las cosas en ese sentido, su paciente lo llamará enseguida al orden —escapándose— o revelándole la significación persecutoria de todo saber prefabricado, que dejase en un callejón sin salida las particularidades del sujeto.

Hacen falta otros argumentos para hablar de delirio.

El imaginario edípico no es más que una consecuencia secundaria de la metáfora paterna y de la función del Nombre-del-Padre. La consecuencia primera del Nombre-del-Padre, es someter [la significación] —es decir la representación del sujeto por el significante— a la castración; es decir, incluso, tener un efecto sobre el goce. El Nombre-del-Padre es el significante de un pacto, de un contrato que el sujeto hace con el Otro para repartir, para compartir, el goce; y de ese contrato, ambos son tributarios, el sujeto al igual que el Otro. Es un artificio por el cual el sujeto trata de acomodar, de conciliar, lo real y lo simbólico. Si se puede hablar de delirio a propósito de la metáfora elaborada por el psicótico, es porque esta metáfora fracasa en su reproducción de ese contrato. Fracasa en acarrear una repartición, una limitación del goce.

A eso se debe el que no estemos aún en el núcleo del análisis del psicótico. Se sabe, en efecto, que en lo tocante a la metáfora delirante, el psicótico puede arreglárselas solo. Schreber está ahí para recordárnoslo. Puede llegar incluso a estabilizar su modo imaginario —a organizar la “cascada de reordenamientos significantes”— para retomar la fórmula de Lacan.

Si la metáfora delirante puede permitir lo que Lacan designa con el término de estabilización es, me parece, en el sentido de que vuelve a dar una función de la palabra que basta para organizar el campo del lenguaje. En cambio, este equilibrio es precario, pues lo deja desarmado frente a la intrusión, en ese campo, del goce. En ese campo, el goce está desencadenado, si se puede decir, dan fe de ello, por ejemplo, las voces, las alucinaciones.

En efecto, lo que conecta al sujeto neurótico con el goce, es el fantasma. Pero si el fantasma da un marco al goce, es en tanto que la función de castración circula en él —como dice Lacan— entre el sujeto y el objeto— es esa circulación del $(- \varphi)$ la que hace del fantasma una cadena. La exclusión de la castración, para el psicótico, tiene como efecto desencadenar el goce y entregarle el sujeto.

Se pudo interrogar el estatuto del sujeto de la psicosis en la medida en que el clivaje del sujeto se revela allí a la luz del día y en que la participación del sujeto —sujeto del goce— se encuentre allí, de alguna forma, perdida —perdida en el sentido de errar— en lo real, desconectada del sujeto del significante. Para restablecer esta conexión, la metáfora delirante no basta, hace falta otra cosa, que el analista se ofrece a encarnar. Por eso debemos suponer, para explicar cómo el psicótico se mantiene en el análisis, que la cura del psicótico puede abordarse a partir del discurso analítico.

Nuevamente, se trata de examinar con cuidado la idea un poco apresura-

da según la cual el psicótico sería reactivo al lazo social; puesto que el lazo social es una de las definiciones que da Lacan del discurso: lo que hace lazo social. Así, es notorio que fue suficiente con que el estado moderno comenzase a funcionar para que, gracias al sostén de la ciencia médica, el loco fuese colectivizado, en el asilo precisamente. Y colectivizado especialmente a partir de la identificación con un significante amo específico de este estado —a saber el proletario— como lo testimonió la eficacia de la ergoterapia. Al respecto, el estallido del asilo es un efecto más bien inquietante del estado actual del discurso del amo.

Por otro lado, la clínica psiquiátrica nos muestra, aunque más no sea por los casos de delirio de a dos, que la histeria puede, ella también, no retroceder ante lo que cree percibir del deseo en un psicótico; y hacer lazo social con su vecino o vecina de piso.

En fin, se sabe que la universidad no duda en encontrar un autor tras los escritos del psicótico. Joyce está ahí para recordárnoslo. Estas observaciones podrían ser desarrolladas, no me detengo en ellas.

El discurso analítico cuenta aquí con esta precisión: ¿cómo podría el analista operar para mermar el goce al cual se encuentra entregado el psicótico? Es asimismo a través de esta pregunta como se manifiesta, como fenómeno, a nivel del fenómeno, la transferencia del psicótico. Si la demanda inicial del psicótico es una demanda de significación, lo que la instalación de la transferencia hará emerger, es lo que recién evocaba acerca del sujeto del goce. Si, en su demanda inicial, el psicótico espera del analista significantes propios para organizar los trastornos de su mundo, en su demanda segunda, esa a partir de la cual la transferencia se orientará, el psicótico propone su goce al analista para que éste establezca sus reglas. Es incluso mediante ese rodeo como parece instalarse como objeto *a* y darse, entregarse, como tal, al goce del analista.

Después de todo, la transferencia erotomaníaca, es acaso algo diferente a la estratagema por la cual el sujeto se ofrece al goce del Otro por el rodeo del amor. Es la versión exaltada de la transferencia del psicótico y, probablemente, su versión más manejable, puesto que el vínculo de palabra, la presencia del significante, es exigido por el amor mismo que sostiene la articulación de la demanda.

Pero, al contrario de este fenómeno, erotomaniaco, el psicótico puede rehusar esta mediación del amor y ofrecerse como aquél totalmente abandonado por el significante: puro desecho que esperará en silencio que alguien quiera recogerlo. En este punto puede suscitar, en ciertos analistas, vocaciones

contrariadas de *nursing* y de *maternage*. Tentación, sin embargo, anodina frente al riesgo que implica para el sujeto la de realizar hasta el fin lo que le dicta la invasión del goce, hasta el anonadamiento, es decir, el suicidio.

Que la transferencia conduce al psicótico a ofrecerse como goce del Otro, explica tal vez que él sea el lugar de un cuestionamiento errático de lo sexual. Determinada paciente se verá forzada a hacerse la muñeca inflable de todo hombre que encuentre, tan rápidamente tomada, como pasiva. Estos fenómenos ciertamente no necesitan del análisis para aparecer. Manifiestan lo que Lacan indica del empuje-a-la-mujer de la psicosis.

No obstante, si se producen en la cura, pudiendo entonces ser vistos como acting-out, permiten, me parece, suponer que el sujeto le pide al Otro que produzca un significante del goce. Por otra parte, ¿no es en lo que se esfuerza Schreber proponiéndose como ideal volverse la mujer de Dios? Después de todo, esta ubicación en un primer plano del goce, este ascenso brutal del goce en la escena de la transferencia, es consecuencia de que este goce no esté negativizado por la castración, es decir, que el falo no opera allí en forma negativa ($-\varphi$), o incluso que ninguna impotencia viene a coordinar al sujeto con el objeto del que goza. Es, sin embargo, debido a esta negativización como la dialéctica del deseo no llega a enmascarar la instancia del goce como ocurre en el neurótico. Me parecería, empero, muy apresurado deducir, a partir de la prevalencia del goce, que el sujeto psicótico es ajeno al deseo, tampoco lo es, hemos visto, a la demanda.

Incluso, suspendiendo un poco dicha conclusión, el analista tiene la oportunidad de servir para algo en la cura del psicótico, es decir, de tener una idea de su dirección.

En el fondo, tal como me esforcé en presentarles las cosas por ahora, es difícil distinguir al analista del Otro. Tanto cuando el sujeto le pide que soporte su búsqueda de una metáfora de sustitución, como cuando se ofrece a su goce; en ambas vertientes de la transferencia, el analista es el testigo fascinado de esta conjunción de lo real y de lo simbólico donde el psicótico arriesga perderse en todo momento.

La paradoja de esta proposición proviene del hecho de que el analista está tentado de asumir él la división del sujeto, de hacerse él el sujeto dividido entre la función del significante y la del goce. Lo revela cierto número de testimonios de analistas que ceden a su paciente psicótico el lugar del objeto para soportar la falla en ser producida por el significante. Su atención ya no flota; entregados al pensamiento, se inclinan hacia la asociación libre que causan sus pacientes inertes y sin palabras; cuando no sin voz.

* muy buena observación clínica ...

¿Quiere decir que el lugar del objeto *a* ya está ocupado? Toda la cuestión, en efecto, es desalojar de él al paciente. A partir de aquí, me parece, puede ser abordada la cuestión de la interpretación en lo que concierne a la cura del psicótico.

En el fondo, de lo que se trata, es de reintroducir el goce en una función de semblante, es decir, nuevamente, de reintroducirla en el discurso, en este caso, en el discurso analítico. Pues si el psicótico ocupa el lugar del objeto es en la medida en que él lo es —como tal— como real. Que sea desecho del amor por exceso erotomaniaco, o alguien al que la palabra dejó plantado, siempre realmente él se hace, él es objeto de goce.

Esforzándome en argumentar esta tesis según la cual el psicótico conviene al discurso analítico (y a los otros), evidentemente, tenía en mente lo que Lacan designa con el término de fuera de discurso. Pero, en el fondo, examinándolo en detalle, me pareció que esto podía indicar tan sólo parcialmente la relación del sujeto con el Otro, precisamente la interpretación paranoica y la relación del esquizofrénico con su propio cuerpo.

En cierto modo, me pregunto si ese fuera de discurso no indica, justamente, lo que podría considerarse como el objeto, digamos, en espera de ser considerado como semblante. Tendríamos aquí pues una indicación para que el analista consiga deslizarse en el proceso que, hasta ahora, el sujeto psicótico efectúa solo, y únicamente con un Otro a su medida.

Paradójicamente, es primero por su silencio como el analista marcará su presencia. Precisamente para que esta presencia silenciosa e inerte provoque al sujeto a dirigirle cada vez más explícitamente sus asociaciones. Es un silencio que pone trabas, que objeta las maniobras a las que se somete el paciente. Estas maniobras tienen, en el psicótico, sin embargo, una finalidad única: hacer reintegrar al analista en el lugar del Otro del goce. Ahora bien, me parece que no puede haber más que una respuesta posible a esta maniobra: oponerse a ella. Producir mediante la significación de este rechazo un lugar vacío, evacuado de todo goce. Un lugar donde el goce está prohibido para que el sujeto del significante se aloje en él.

Después de todo, el significante de esta significación existe, es el *non*, no, el no del rechazo, de la pura negación. Puede ser que el analista sólo tenga esa palabra para decir. Al menos, quizá es la única que pueda producir un comienzo de efecto.

Obviamente, esta persona no es monótona —o monolítica a nivel del equivoco, siempre a mitad de camino entre el juicio que rechaza y el insulto que

5

identifica— para retomar aquí una indicación que da Lacan en *El Atolondradicho*.¹

Una vez más, se trata de resolver esta paradoja: por un lado, todo en la teoría parecería indicarnos que el dispositivo analítico no se adecúa al psicótico y, por otro, que los psicóticos permanecen en una cura sin que, aparentemente, los analistas sean diferentes en su acto.

Así, el analista, aquí también, se ve obligado a hacer del goce un semblante, es decir, a delimitar, por esa vía, un lugar vacío, evacuado de goce. Esta maniobra y su efecto implicarían que la función de interdicción que recae sobre el goce no es en tanto tal, equivalente a la castración —la cual, lo recuerdo, sigue siendo una condición de posibilidad del goce sexual— siendo a la vez compromiso y artificio. Cómo entonces armarse con la castración para hacer advenir la verdad del sujeto sigue siendo la cuestión central del análisis del psicótico.

No se trata, evidentemente, de negar la diferencia de sus estructuras clínicas, pero como saben, Lacan se interroga sobre la relación entre, lo que se llama un poco rápidamente quizá, las estructuras clínicas. Al respecto, la psicosis revela la estructura del ser hablante desgarrado entre lo real y lo simbólico. La revela precisamente en este artificio del Nombre-del-Padre. Por eso me pareció que el discurso analítico podía acoger al psicótico.

Con la salvedad de la restricción que evoco en mi título, la de la técnica. Pues, en el fondo, si pensamos en ella la técnica es realmente la única cosa que ningún analista puede transmitir a otro, puesto que él mismo no puede trasponerla de un paciente a otro. No hay técnica del psicoanálisis, hay empero una para cada cura. Esta es la oportunidad del psicótico: encontrar en el psicoanálisis una práctica del sujeto que ninguna técnica reglamentada determina.

LAS PRESENTACIONES DE ENFERMOS: BUEN USO Y FALSOS PROBLEMAS

Mesa Redonda

*Guy Clastres, Françoise Gorog, Jean-Jacques Gorog,
Eric Laurent, Françoise Schreiber, Danièle Silvestre*

Danièle Silvestre — ¿Pueden decirnos cómo se ha mantenido la presentación de casos, en la Sección clínica ¹, en un lugar de transmisión?

Eric Laurent — El ejercicio llamado “presentación de enfermo” es un clásico en la enseñanza de la psiquiatría en Francia. Recordemos esta observación de Lacan: lo más seguro que tiene la clínica psicoanalítica se lo debe a la clínica psiquiátrica. Salvo en uno o dos puntos, como es el caso de la histeria, que permitió al psicoanálisis constituir una clínica autónoma hasta el punto de inscribirse como discurso.

Si la Sección clínica ha conservado la presentación de enfermos —cuando su fin no es la transmisión de una clínica psiquiátrica sino la constante interrogación sobre lo que le debe la clínica psicoanalítica—, es porque toma como referencia el ejercicio muy particular que fue la presentación de enfermo de Jacques Lacan. No sólo la mantuvo a todo lo largo de su enseñanza, sino que transformó ante nuestros ojos ese clásico ejercicio. Por consiguiente, la Sección clínica se interroga sobre la relación entre ambas clínicas para captar en qué puntos el psicoanálisis debe algo a la psiquiatría.

Danièle Silvestre — ¿El automatismo mental, por ejemplo?

Eric Laurent — Las psicosis en general. Hay puntos establecidos por los psicoanalistas, pero las referencias más seguras están tomadas de la psiquiatría. Entre ellas la del automatismo mental, su variedad, su clínica, la cuestión del establecimiento de las certezas delirantes, la de las alucinaciones,

¹ Jacques Lacan, *El Atolondradicho*, Escansión N° 1, Paidós, Bs. As., 1984.